

Por otro lado se le habian largado al negocio, con el pretexto de que no habia dinero en casa para com-

PARTE SEGUNDA.

COMPRENDE EL TIEMPO QUE FUE ECLESIASTICO SECULAR
Y EL DE FUNDADOR DE UNA NUEVA CONGREGACION.

CAPITULO PRIMERO.

Préludios de vida eclesiástica ejemplar de San Alfonso en su clericalo.

Si Alfonso habia llegado á ser ya un perfectísimo modelo de virtudes cristianas en medio del siglo, y girando entre el tumulto y el estrépito del foro, ¡oh! ¡y cuánto más lo fué despues de haberse despedido del mundo para enrolarse entre los ministros de Jesucristo y militar en el campo de su gloria! El no habia asumido el traje clerical para mejorar de condicion, ni para llevar una vida mas tranquila ni mas cómoda, ni mucho menos para aspirar á los honores y á las dignidades del Santuario, ni por ningun otro humano interés; sino con el único y verdadero fin de santificarse y de consagrarse enteramente al servicio de Dios y al bien de la Iglesia y de las almas. Sabia

igualmente que si bien los ministros del Señor deben exhalar por todas partes el buen olor de Cristo con su ejemplar vida y con la práctica de todas las virtudes, á fin de alentar y aun de arrastrar á los demas á seguir sus pasos; deben al mismo tiempo guardar en su boca la ciencia, tanto para no errar en sus propios deberes, como y mucho mas aún, para poder responder con acierto al que interrogue, y para dar al pueblo cristiano las mas oportunas y saludables instrucciones. ¿Y qué hizo en consecuencia? los mismos vasos de oro y plata que habia cogido en Egipto, los hizo servir para usos sagrados, quiero decir, que las ciencias profanas que con tanta perfeccion habia aprendido, las volvió y las empleó en uso y servicio del ministerio eclesiástico, y entre éstas la poesía y la música, en la que era excelente maestro, sirviéndose de ellas para el grave y devoto canto de la Iglesia, y mucho mas para componer muchas afectuosas canciones sagradas para uso del pueblo bajo, á fin de retraerlo del canto de tantas otras profanas y escandalosas. Luego se dedicó con el mayor empeño y asiduidad á los estudios sagrados, particularmente á la teología dogmática y moral, bajo la direccion del canónico D. Julio Torní, persona muy considerada en aquel tiempo, tanto por su saber como por su santidad, y que despues fué obispo de Arcadiópolis. Tam-

poco dejaba de ir á todas las discusiones teológicas que habia en varios lugares, y por la noche frecuentaba la casa de D. Nicolás Guerrero, sacerdote tau docto como piadoso, donde habia una continua academia de materias eclesiásticas. De este modo, dotado Alfonso del grande ingenio que ya hemos dicho, y provisto como estaba de tantos otros conocimientos, no tardó mucho en llegar á ser tambien tan esperto en las ciencias sagradas, que en breve tiempo pudo ser maestro en Israel, como pronto veremos.

Una dedicación tan seria á los estudios sagrados no lo desviaba en lo mas mínimo de una conducta tan irreprochable como edificante y admirable. Mas cómo no habia de ser así, si se veia á un jóven de veintiseis años, ilustre por su nacimiento, afamado por su saber y por el crédito de escelente abogado, que no se ruborizaba, ni se creia envilecido porque servia á la iglesia parroquial de San Angel en *Segno* á que habia sido destinado en el ínfimo grado de clérigo en que se hallaba; asistir revestido de sobrepepliz con gran compostura á las misas y á todas las funciones sagradas que se hacian allí; andar recogiendo en los dias de fiesta por toda aquella feligresía á los niños mas miserables y animándolos con el canto de las canciones sagradas, llevarlos consigo á la iglesia, donde haciéndose niño entre ellos, los amonesta-

ba con toda caridad y dulzura, y los instruia con la mayor paciencia en los primeros elementos de la doctrina cristiana? Pero en tiempo de cuaresma redoblabá su solícitud y se empeñaba en disponer á los mas aptos para acercarse dignamente al sacramento de la penitencia en la próxima solemnidad pascual. Con esto, el cardenal Pignattelli, celosísimo arzobispo entonces de Nápoles, no quiso dilatar mas el inscribir á un jóven tan ejemplar en el número de los ministros de la Iglesia, por lo cual le hizo conferir por Monseñor Mirabella, arzobispo de Nazaret, la primera tonsura, el dia 23 de Setiembre de 1724, y luego con la dispensa necesaria los cuatro órdenes menores el 23 de Diciembre del mismo año.

Al recibir Alfonso estos órdenes, creyó que para corresponder dignamente á los divinos favores, no solo estaba obligado á ejercer con exactitud las funciones anexas, sino aun mucho mas á adelantar con ahinco en el camino de la perfeccion que habia emprendido. Intervenía con los otros clérigos en todos los ejercicios de piedad establecidos en la casa de los señores de la Mision de Nápoles; y era tan exacto en esto, que jamas se le vió faltar hasta que fué sacerdote, sino en caso de enfermedad grave. Y como solo á fin de sacrificar su propia voluntad á la de su padre no habia entrado en la congregacion de los pa-

dres Felipenses como lo deseaba, reconociendo que á ellos debía, segun él mismo solia decir, la primera leche de las virtudes cristianas, conservó siempre una especial veneracion hácia aquellos padres, y una particular devocion por su iglesia. De aquí es que lo mas que le era posible se entretenia con ellos en conversaciones devotas, particularmente con el padre Paganó su director, y yendo todos los dias á dicha iglesia, permanecia allí mucho tiempo en un ángulo de ella, enteramente recogido en sí mismo y absorto en Dios: asistia á los divinos misterios, y con indecible fervor se acercaba á los sacramentos de la penitencia y de la Eucaristía. Por la tarde, despues de haber visitado, consolado y servido á los enfermos del hospital, volvía á la misma iglesia del Oratorio, donde asistia á las funciones sagradas y oia el sermón. Despues de esto se iba á su acostumbrada visita de Jesus sacramentado, espuesto en el jubileo de las cuarenta horas, donde permanecia mucho tiempo, pues no se retiraba hasta que se cubria á nuestro Amo.

Sucedió que en una de estas visitas fué visto Alfonso por aquellos mismos eclesiásticos, que como se dijo arriba, lo habian admirado en la misma ocasion y postura en trage de secular, sin haber podido hablarle nunca. Al pronto quedaron sorprendidos, y creian equivocarse por la variacion del trage; pero habiéndolo observado con cuidado, conocieron por fin que era el mismo, aunque vestido de otro modo. Creció entonces en ellos el deseo de conocerlo y de abocarse con él, para lo cual lo esperaron una noche, hasta que concluida la visita salió de la iglesia: entonces saliéndole al encuentro, con un gracioso saludo, le manifestaron el deseo que tenian de saber su nombre, así como el motivo de la variacion de su trage, para poder estrechar con él una espiritual amistad. Alfonso no se mostró nada moroso en complacerlos, y desde entonces se unieron todos en tan estrecha y devota amistad, que ademas de ir juntos á la visita ordinaria de Jesus sacramentado, y aun á alguna iglesia dedicada especialmente á la Santísima Virgen, cada uno de ellos y mas que cualquiera otro, Alfonso, tanto por la calle como en cualquiera otra parte mas oportuna, tenian conversaciones de cosas espirituales con que aumentarse el fervor unos á otros en el servicio de Dios.

Por este tiempo ingresó Alfonso en la noble congregacion llamada *de los Blancos*, que tiene por instituto prestar los mas piadosos oficios de caridad á los que por sus delitos son condenados al último suplicio. Nunca dejó de asistir á ella en los dias establecidos, y cuando ocurría alguna ejecucion de justicia, se mostraba muy afanado y celoso por dar á aque-

los infelices todos los socorros posibles. Así fué como Alfonso ocupado únicamente en los estudios, en obras piadosas y en adquirir virtudes, pasó toda su cléricatura y se dispuso para recibir dignamente los sagrados órdenes.

CAPITULO II.

Promocion de San Alfonso á los órdenes sagrados.

En efecto, habiendo llegado el clérigo Alfonso á ser el ejemplo de los eclesiásticos mas provechosos, fué promovido al sagrado orden del subdiaconado en la iglesia de Santa Restituta, el 22 de Setiembre de 1725, por Monseñor D. Domingo Livitti, obispo de Satriano. Luego que se vió ligado con mas fuertes lazos á Dios y á la Iglesia, pensó en hacerse un ministro mucho mas solícito y laborioso en el cultivo del campo del comun Padre de familias y en procurar recoger de él una mies abundante. A fin, pues, de instruir desde temprano en los cánticos sagrados y en distribuir el pan de la divina palabra á los pueblos, se agregó en el próximo mes de Octubre en calidad de novicio, á la respetable congregacion llamada *de Propaganda Fide*, establecida en la iglesia mé-

tropolitana de Nápoles, y dedicada á las misiones apostólicas, donde fué recibido con sumo agrado, pues que ya se veian claramente los preludios de su gran celo por el bien de las almas. Una vez en esta congregacion Alfonso, no solo observaba exactamente todas sus reglas y asistia á todos los ejercicios de piedad prescritos en ella, sino que de cuando en cuando predicaba algun sermoncito y enseñaba el catecismo. Siempre que aquellos hombres apostólicos salian de la ciudad para ir á derramar la semilla de la divina palabra por varios lugares de aquel reino, iba él tambien con ellos, y aunque no era todavia mas que novicio, ni tenia el carácter de sacerdote, se ocupaba en enseñar á los niños la doctrina cristiana. Por otra parte, su vida ejemplar lo hacia distinguir de entre todos los demas, de manera que al retirarse despues de concluidas las misiones, el pueblo lo buscaba y corria solo tras él, tirándole de la sotana y rogándole que no lo abandonase. Tan grande era desde entonces la reputacion de bondad que se habia adquirido y la inclinacion que el pueblo le tenia. Con ocasion de estas misiones sucedió, que hallándose Alfonso entre los que las hacian en Caserta, vino el obispo de esta ciudad Monseñor Schinosi, á la catedral, y preguntó quién de aquellos operarios evangélicos era D. Alfonso de Liguori, porque él habia co-

nocido en casa de un caballero á un jóven secular del mismo nombre. Y como justamente hizo la pregunta al mismo Alfonso, éste, todo confuso y embarazado, cubriéndose el rostro con las manos y hasta con el manto de una imágen de María Santísima, á cuyo lado estaba, respondió con toda humildad y modestia que era él mismo, y añadió: *Esta Mamá mia me llamó.* El día 6 de Abril del año siguiente se confirió á Alfonso el sagrado orden del diaconado, por el mismo Monseñor D. Domingo Inuiti. Bien informado el cardenal Pignattelli de la buena vida y talentos de Alfonso, no solo le dió con mucho gusto la facultad de predicar en público, aunque todavía no era mas que diácono, sino que lo exhortó y animó al desempeño de este ministerio apostólico. El, obediente á la voz de su pastor, y ardiendo ya en celo por el bien de las almas y por la conversion de los pecadores, predicó su primer sermón en la iglesia parroquial de San Juan en la *Puerta*, donde se hallaba el circular de las cuarenta horas, y justamente lo hizo en honor y alabanza de Jesus sacramentado. No bien se oyó predicar al nuevo Levita, cuando descubriendo en él todas las dotes necesarias para este ministerio, y lo que aun es mas, una patética elocuencia propia para penetrar y mover los ánimos, fué tan solicitado para que predicase ya en una iglesia, ya en otra, particu-

larmente donde se hallaba espuesto á la veneracion pública el Santísimo Sacramento, que desde entonces no lo dejaron descansar. Acudian á oirlo personas de todas edades y condiciones, y bendecia el Señor de tal modo sus palabras, que era grandísimo el fruto que sacaba de ellas.

Fueron tantas sus fatigas, que muy pronto cayó enfermo y su mal se agravó hasta el extremo de que temiéndose por su vida, se le administró el sagrado Viático á las siete de la noche, el que recibió con todo aquel fervor y devocion que casi desde la cuna habia nutrido siempre hacia su Señor sacramentado. Pero no contento con esto, manifestó muy pronto los vivos deseos que tenia de que le pusiesen junto á la cama la milagrosa imágen de bulto de María Santísima de la Merced, en cuyo altar habia dejado su espada, en prenda de su despedida del mundo, y los directores de aquella iglesia no dejaron de satisfacerle tan piadoso deseo, á pesar de que ya se hallaba muy adelantada la noche. Luego que Alfonso vió á su gran Madre, sintió que el corazon se le fundia; y despues de haber desahogado con ella todos sus mas tiernos y devotos afectos, se vieron desaparecer repentinamente los síntomas mortales del mal, y por un singular beneficio de la Santísima Virgen, recobró su primera salud en muy corto tiempo. Este es

pecial favor no sirvió á Alfonso, sino de un nuevo y mas fuerte estímulo para dedicarse con mayor empeño al servicio del Señor.

Algunos meses despues, aunque no se habia cumplido el tiempo de los intersticios, el mismo cardenal Pignattelli, en atencion al gran bien que Alfonso, sin embargo de no ser mas que diácono, hacia con sus predicaciones, quiso hacerlo ordenar de sacerdote, como en efecto se verificó el 21 de Diciembre del mismo año de 1726, teniendo entonces treinta años y cerca de tres meses de edad. Intimamente penetrado de la sublimidad del grado á que acababa de ser elevado y con el placer de verse aun mas ligado con este nuevo vínculo á su Señor, como deseaba, al dar las mas espresivas gracias á aquel Dios que por su infinita bondad se habia dignado elegirlo para ministro suyo, no dejó de consagrarse de nuevo todo entero á él y á su gloria. Por esto puede cada uno comprender muy bien, con qué disposiciones, con qué sentimientos de humildad, de amor, de gratitud, de deseo y de otros afectos devotos, acompañados de la mas viva fé, se acercaria al sagrado altar para ofrecer la primera vez á Dios la víctima del Cordero immaculado. Si su fervor y su recogimiento eran muy grandes para rezar las horas canónicas, así como para todas sus prácticas piadosas, y particularmente al visitar á

su Señor en la hostia sacrosanta, ¡oh y cuánto mayor no fueron cuando vió venir á sus manos al mismo Jesus para renovar por su medio el sacrificio de la cruz! Y este primer fervor de Alfonso nunca fué pasajero ni momentáneo, de modo que despues llegase á faltar y disminuirse, no, porque si bien toda su vida no era mas que una perfecta y mas que bastante disposicion para celebrar los divinos misterios, nunca lo hacia sin anticipar la mas fervorosa preparacion y sin añadir un muy largo hacimiento de gracias, como mejor lo diremos en otra parte.

CAPITULO III.

Tareas apostólicas de San Alfonso por el bien de las almas.

Ordenado ya de sacerdote, el mismo cardenal Pignattelli atendiendo á la estimacion que cada vez crecia mas en él, del mérito de Alfonso, le encomendó inmediatamente la no muy fácil empresa de dar los ejercicios espirituales á todo el respetable y docto clero de la ciudad de Nápoles, sin embargo de que entre ellos habia otros muchos hombres apostólicos de gran mérito. Muy bien habria querido Alfonso sustraerse de este encargo, tanto por su humildad,